

dando margen á la formación de dos bandos enemigos que se han hecho la guerra con terrible encarnizamiento.

Y las oleadas insensatas que producía el choque de esas corrientes, no han logrado jamás separarlos en la Plaza; las pasiones que contra los dos se desencadenaron furiosamente, no pudieron nunca quebrantar esa nobilísima fraternidad de que Lagartijo y Frascuelo han hecho alarde ante el público madrileño.

Cuando tuve con Rafael el pacífico altercado de que he hablado antes, le hice, á propósito de las condiciones de Salvador en la brega, la siguiente pregunta:

—Dígame V., Rafael, ¿Con quien torea V. con más desahogo?

—Eso no se pregunta—me contestó en el acto.

Contábame Frascuelo en cierta ocasión un pequeño altercado que había tenido una vez con un compañero que no hay para qué nombrar, en cierta plaza de provincias, cuyo nombre tampoco hace al caso.

Y decía Salvador:

—Cuando acabé de matar el toro, se me acercó X, y me dijo:—Salvador; vaya un humor que trae V. hoy á la plaza!—Y yo le contesté: el mismo que traigo siempre. Fuera de la plaza, dígame V. lo que quiera, que no me importa; pero en la plaza no se me ponga V. nunca delante, cuando digo que quiero estar solo. Eso no se lo consiento más que á uno, á Rafael Molina Lagartijo, porque es el único á quien respeto en la plaza, por su mérito y por su antigüedad.

¡Eso dicen Lagartijo y Frascuelo, el uno del otro, después de una competencia de veinte años! Y esos son los dos toreros á quienes el público de Madrid ha azuzado con incalificable apasionamiento, representando la repugnante escena que el pincel de Jérôme idealizó en su *Pollice verso!*

Si; Rafael y Salvador han tenido que luchar más con-

tra el público de Madrid que contra los toros, porque al aparecer en escena, se encontraron con una plaza caldeada por la competencia del Tato y del Gordito, y con una seudo afición que había de llegar en breve á constituir para los dos lidiadores el más formidable de los escollos.

El momento es oportuno para comparar las corridas de toros de antaño con las de hoy, y tratar de dar con las causas que han traído la lamentable decadencia del público madrileño.

Creo que nos hacemos singulares ilusiones al comparar las fiestas taurinas que se verificaban en la corte, en aquellos tiempos que la historia ha consagrado gratuitamente los mejores de la tauromaquia, con las que actualmente se celebran.

Prescindiendo de que el espectáculo admitía la presencia de Romero, Illo y Costillares, en programas que hoy calificaríamos sin vacilar de mojigangas, hay otras circunstancias que marcan grandes diferencias entre el hoy vilipendiado y el decantado ayer.

A la vista tengo un curiosísimo documento, propiedad del reputado escritor y aficionado D. Luis Carmena y Millán. Es este documento, un *manuscrito original* del famoso D. José de la Tixera, en el cual el célebre aficionado, narrador de la muerte de Pepe Illo, da algunas *Respuestas que sobre distintos particulares relativos á las fiestas de toros y otros puntos concernientes á ellas, se han pedido por varios caballeros aficionados á el que las dedica al Sr. Vizconde de Sancho—Miranda, Marqués de las Escalónas é Individuo de la Real Maestranza de la Ciudad de Sevilla, ecétera.*

Entre las preguntas á que contesta D. José de la Tixera, hay la siguiente:

«Proposición tercera.—¿Porqué á los picadores antiguos mataban los toros más caballos que á los modernos; y en

qué consiste el más singular mérito de los estoqueadores en la muerte de los toros?»

Fijense, por de pronto, los lectores, en que ya había quien preguntase *en los primeros años del siglo actual*, por qué los toros mataban más caballos á los picadores de aquella época que á los antiguos.

Y oigan ahora á D. José de la Tixera:

«No puede menos de manifestarse en defensa de los actuales picadores, que el sistema en que se han puesto, excediéndose de los límites debidos (por complacer á mucha parte del Público, tomando suertes irregulares y por lo mismo muy aventuradas) es una de las muchas causas porque llevan tantas caídas y sacrifican excesivo número de caballos, á proporción de los que en otros tiempos perecían.

»Lo propio hubiera sucedido en semejantes circunstancias á los celebrados antiguos, los que en efecto mataban un ochenta por ciento menos; lo que principalmente consistía en que no los paraban tanto al recibir los toros con las garrochas; en que estas llevaban más púa descubierta y menos tope; en que excusaban las suertes más arriesgadas que son, por lo común, las de los tercios de en medio de la plaza; las de querencias de puertas por donde han entrado ó salido los toros, y en muchas ocasiones las inmediatas á las vallas, ó barreras; en que ponían las varas en las primeras costillas y no en el cerviguillo (que es la parte más sensible del toro); y en que luego que les plantaban seis ú ocho á los que eran insensibles á las heridas del hierro, principiaban á banderillarlos »

No quiero comentar esta cita. Si la lee algún picador de esos que censuramos todos los días en estos años de gracia, va á creerse un héroe! Y lo peor será que quizá no le falte razón!

Con respecto á los matadores, tengo la seguridad de causar la estupefacción de los aficionados, con solo tras-

cribir el siguiente párrafo que resume el mayor mérito de la suerte de matar, según D. José de la Tixera:

« Ya que hemos tocado el acto de matar y en lo que consiste su más alto mérito, es de tener en consideración que este se multiplica con exceso, quando el lidiador mete y saca la espada con limpieza y gallardía, bien sea la estocada alta, ó bien baxa; es decir que respectivamente aquella y esta, son en su clase más plausibles quando se saca la espada, que dexándola metida » (1)

Así se expresa textualmente el que fué amigo y protector de José Delgado, el que era autoridad reconocida por todos en materia de arte taurómico, y vió torear y pudo apreciar imparcialmente el mérito de Romero, Costillares y Pepe Illo.

¡Un metisaca, alto ó bajo, era entonces, por lo visto, lo más difícil de la suerte de estoquear, lo que alcanzaba *más alto mérito* á los ojos de los aficionados inteligentes!

Dejo libre al lector para que deduzca de esto las consecuencias que estime oportunas. Por mi parte, no quiero fijarme más que en una verdad que se desprende clara y terminantemente de las afirmaciones de D. José de la Tixera; y es que, en aquellos tiempos, las reglas del arte ofrecían á los lidiadores facilidades y ventajas que hoy no se admiten por el público de Madrid, y que el público madrileño de aquella época era un público de verdadera defensa para los toreros.

Se conoce que entonces se atendía mucho á los resabios de los toros y se juzgaba con benevolencia á los matadores

---

(1) A la amabilidad de Carmena debo, no sólo el manuscrito de D. José de la Tixera, sino carteles, periódicos, la colección de *El Menegue* y otros documentos que me han servido de poderosa ayuda, para la parte histórica de esta obra. Cumpro el deber de dar públicamente las gracias á mi amigo por su amabilísima conducta, y lo hago aquí, de todo corazón.

que contra aquéllos tenían que luchar; se conoce que en tonces un golletazo no producía la indignación que ahora produce casi siempre, y que si el golletazo se daba metiendo y sacando el estoque, aquéello era el pináculo de la maestría, y hubiera convertido en aplausos entusiastas los unánimes y rabiosos silbidos de hoy!

Si á esto se añade que por testimonios escritos de aficionados de aquella época, sabemos que se mataba UN TORO *con todo el rigor del arte, se degollaban DOCE*, y morían CINCO con estocadas *bajas ó transversales*, como queda consignado en la primera parte de este libro, creo que no necesitamos más para convencernos de lo mucho que han fantaseado los historiadores, al ocuparse de una época que todos llamamos hoy «la edad de oro del toreo» Y no quiero decir más.

Voy á salvar de un golpe la distancia que media entre la muerte de Pepe-Illo y el advenimiento de Antonio Carmona, puesto que he de llenar luego ese vacío para dar mayor relieve á las figuras de Lagartijo y de Frascuelo.

Con el advenimiento de Carmona coincide en Madrid el traslado de las corridas de toros á los días festivos, advirtiendo además que Cúchares torea todavía. Téngase en cuenta que hablo solamente de la Plaza de Madrid, porque en la corte hay dos largas temporadas anuales, entre las cuales la canícula establece una breve solución de continuidad, y la Plaza de Madrid es la que tiene conquistada mayor fama de severidad é inteligencia.

Para que se juzgue por un solo detalle del cambio que se efectuó en el público, en cuanto las fiestas de toros se trasladaron á los domingos, baste saber, según me han asegurado muchos aficionados antiguos, que el sexo femenino predominaba casi sobre el masculino en tendidos y gradas.

El esposo llevaba á la esposa, el hermano á la herma-

na, el padre á la hija. No hay prueba más elocuente de que en aquel tiempo el elemento bullanguero, blasfemador é insoportable, no estaba, ni mucho menos, en mayoría.

Desde el momento en que las corridas no se verifican ya los lunes, sino los domingos, las mujeres comienzan á ausentarse de los tendidos y desaparecen en seguida por completo.

Los dependientes de comercio y los estudiantes invaden el circo taurino, y se educan en la escuela de adorno del Gordito y de Cúcharas. Conviene advertir que este último, gran maestro en el arte de torear, acentuaba considerablemente en las postrimerías de su carrera la parte extravagante y grotesca de su toreo.

Mientras existe la plaza vieja y pelean en ella Rafael y Salvador, la contienda se verifica en circunstancias que pueden llamarse normales relativamente al apasionamiento que llevan consigo las controversias taurinas; pero cuando en 1880, después de un período de atonía que preside á la inauguración de la nueva plaza, se manifiesta la moda por el espectáculo, éste se trasforma radicalmente.

Una plaga de mozalbetes cae sobre los verdaderos aficionados, y fuera de un centenar de ellos que demuestra aptitudes para ver toros, los demás convierten el espectáculo formal y grave que parecía patrimonio exclusivo de la Plaza de Madrid en romería dominguera, á la cual no se asiste sino á gritar, á escandalizar, á comer, beber y arder.

Esa necesidad de alegría y de bullicio, lleva necesariamente á la mayoría al toreo de recortes y cuarteos, á la animación, á la forma, al adorno, y no solamente va descartando de la lidia todo elemento serio, sino que molestando por la verdad, cuyos méritos no puede comprender, comienza á odiarla y á cobijarse en la mentira, hasta abrazarse á ésta con entusiasmo indescriptible y convertirla en compendio y suma del arte de torear.

Al calor de esa generación novísima, nace una prensa novísima también, que separándose en absoluto de la sobriedad y de la benevolencia de los periódicos madrileños que juzgaban los trabajos de Montes, el Chiclanero y otros diestros predecesores y sucesores de éstos, con notable medida y sin pretensiones facultativas, inaugura una crítica especial, con la cual el último de los advenedizos puede erigirse en maestro del mejor de los lidiadores.

Hoy hemos llegado al colmo, por este concepto. No hay sino leer los tratados de José Delgado y de Montes, para encontrar justificada en ellos la mayor parte de las malas faenas de los toreros de hoy que la prensa trata con más dureza.

Pues bien; Montes y Pepe-Ilo eran dos niños de teta comparados con nosotros. Los revisteros de hoy, á excepción de los contadísimos que miran más á los toros que á los toreros, sabemos más, muchísimo más que aquellos inmortales maestros. Ellos tenían el toreo por arte y nosotros lo hemos convertido en ciencia.

Antes se contentaban los escritores con decir: «mató de una asombrosa recibiendo, de una buena á volapié ó de una regular arrancando,» pero nosotros no nos satisfacemos con tan poco, no señor; necesitamos hacer constar por milímetros el terreno por dónde entró y salió el torero, y cómo y de qué manera entró y en qué forma y por dónde salió y lo que hizo antes de entrar y lo que verificó después de salir.

Parece ser que para matar bien un toro ahora, hay que rozar los costillares de la res (así como suena) y salir por el rabo. Con decir esto y barajar el formulario de «parar los pies,» «empapar á los toros» y «arrancar corto y derecho,» no ha nacido animal cornudo que, con más resabios que un usurero, más tretas que un abogado, más malicia que un campesino y peores intenciones que un redomado

criminal, no pueda ser trasteado y muerto, como el más noble é inofensivo de los borregos.

Hay un afán de fiscalizarlo todo, de reglamentarlo todo y de resolver con una plumada problemas ante cuya solución retrocedieron el valor y la inteligencia de los más afa-  
mados maestros, que entre indignarse ó echarse á reír, hay que optar por este último partido que es el que afortunadamente toman los toreros.

La diferencia entre el público madrileño de ayer y el público de hoy, se encierra en un solo contraste

En 1801 D. José de la Tixera decía que la suerte de estoquear que más alto mérito encerraba era *el metisaca bajo*.

En 1878 el público de Madrid silbó á Frascuelo *una estocada recibiendo*, EN EL LADO CONTRARIO!!!...

Me parece inútil añadir una palabra.

Contra ese público y esa prensa han luchado y siguen luchando todavía Lagartijo y Frascuelo, después de una existencia brillantísima y llena de accidentes que, en sus diversas etapas, ha monopolizado durante veinte años la admiración y las simpatías de todas las plazas de España.

La obra que ambos han realizado en el toreo, ha sido realmente providencial. Para aquilatarla, no hay sino fijarse en el período de tiempo que marca la decadencia del arte, y que abraza desde la muerte de Curro Guillén hasta la aparición de Lagartijo y Frascuelo, salvando las grandes figuras del Chiclanero y de Montes

Velázquez y Sánchez en sus *Anales del toreo* (parte tercera), escribe dos párrafos, de los cuales resultan claras y terminantes las entidades de Rafael y de Salvador, y se destaca el papel que ambos han representado en el arte moderno.

He aquí uno de los párrafos:

«Verdad es que Francisco Arjona ha sido el diestro



más popular de nuestra época; pero en la historia del toreo aparece responsable de su degeneración lastimosa, en cuanto se preciaba de buscar recursos para facilitar las suertes, descartándolas de sus condiciones virtuales para conservar las apariencias con menos realidad del trabajo. El capeo por detrás del célebre Hillo, el galleo audaz de Costillares, y los finos recortes de Guillén, fueron deplorablemente falsificados por Cúchares; una gran parte de sus jugueteos con los toros venía á reducirse en puridad á *correr delante de los toros*, como gráficamente decía Juan León. Los discípulos de hombres que de este modo falsean el arte, constituyen toda una generación de monederos falsos, y desde el punto en que el público conoce que se le engaña, está en su derecho en rechazar lo que se le vende por legítimo, siendo una imitación dolorosa de la verdad.»

Pues bien, el toreo de Lagartijo ha venido precisamente á limpiar con su aplomo y su elegancia toda la parte movida, chabacana y falsa del arte de torear de Cúchares que heredó Antonio Carmona el Gordito, y transmitió éste á Rafael. Lejos de *correr delante de los toros*, Lagartijo ha venido á detenerse ante ellos, reemplazando lo artificial y forzado de lo cómico, con el poder y la verdad de lo bello; y su toreo ha sabido volver á su primitivo cáuce las reglas de un arte que el temperamento de Rafael Molina y su maestría han llevado á su más acabada perfección.

El otro párrafo de Velázquez y Sánchez, dice así:

«Juan León confesaba que, harto de la falta de inteligencia de ciertos públicos, y notando en ejemplos repetidos que sacaban más partido que él en varios casos los matadores que falsificaban las suertes, eludiendo con mañas las condiciones de esposición é intrepidez, se fué acostumbrando poco á poco á torcer el curso de sus primitivas tareas, llegando á decir que gran parte de los toros que había rendido á sus pies *no lo conocían personalmente*, alu-

diendo á que los despachaba, valiéndose de tretas y artimañas, impropias de un hombre superior, obligado á sostener y ampliar las clásicas tradiciones de la profesión ó ejercicio á que se consagrara, con cualidades y condiciones para realizar ambos propósitos.»

Pues bien; Frascuelo ha sido el hombre superior que no ha conocido jamás tretas ni artimañas, cuya valentía se ha negado en todas ocasiones á falsificar las suertes, y á cuya vergüenza torera ha repugnado siempre el artificio y la traición.

En la lamentable decadencia de la suerte de matar, su arte sin rival se ha opuesto como formidable dique á la mixtificación y á la mentira que amenazaban invadir el último tercio; y, colocándose resuelto y valiente entre la falsía y la verdad, ha logrado destruir aquélla y reivindicar los fueros del arte que une la inteligencia al valor, imponiéndoselos al público, tras larga serie de trabajos gigantescos.

Estos son juzgados sin pasión alguna Lagartijo y Frascuelo; los dos han hecho obra de depuración en sus especialidades respectivas; el uno ayudado por las simpatías personales que no se discuten y atenúan los defectos del amigo con tanta facilidad y calor como agrandan los del adversario; el otro contrariado por dificultades de todo linaje, siempre en minoría, pero vencedor siempre por el solo esfuerzo de su inteligencia, de su arrojo y de su pundonor.

En Rafael han predominado el talento que calcula y la astucia que engaña. No hay sino ver los escollos que ha salvado Frascuelo y examinar las contingencias de su vida, para convencerse de que ocupa en el arte de torear el lugar de los grandes géneos.

Y ahí están los dos, con sus cuarenta y seis años el uno y cuarenta y tres el otro, andando delante de los toros, desde el año 1852 Rafael, y desde el año 1860 Salvador,

corneados, pisoteados y machacados ambos, populares, admirados, ricos y en posesión de dos nombres inmortales.

Desde que se hicieron matadores, han visto sucederse unos á otros, una porción de toreros que han pretendido compartir con ellos los laureles del arte, y ninguno de los cuales les ha llegado á las zapatillas.

En un largo período de veinte años, se han disputado un trono que todavía ocupan los dos, y nadie, absolutamente nadie les ha cercenado, durante ese tiempo, el envidiable monopolio que ejercen sobre todos los públicos.

Y esos hombres extraordinarios, esos toreros incomparables que han gastado su actividad, su entendimiento, su ingenio y su valor en una lucha cruenta y constante, esos hombres que hoy van siendo viejos para las tremendas fatigas del oficio, se defienden, en general, de los toros con el ardimiento y la holgura de la juventud, mientras jóvenes llenos de vigor y de facultades, han caído en el olvido ó no sacan de esas preciosas condiciones el partido necesario.

Yo no sé si podrá decirse en absoluto que Lagartijo y Frascuelo son los dos toreros más grandes del siglo XIX; pero teniendo en cuenta el estado del arte y de los públicos, examinando detenidamente las circunstancias en que se encontraban los diestros de ayer y los de hoy, el número de corridas que toreaban unos y otros, la celeridad con que se efectúan ahora los viajes, las tan diversas condiciones del ganado que hoy se lidia y las incesantes fatigas á que se hallan sometidos actualmente dos matadores que torearán más de sesenta corridas al año, y teniendo sobre todo en cuenta, que Rafael y Salvador nacieron para el toreo en tiempos muy difíciles, creo que se puede afirmar muy alto que los dos figuran á la cabeza de los toreos del siglo actual.

Además, las condiciones en que su competencia se ha desarrollado son tan excepcionales, que la historia de la

tauromaquia no registra en sus anales contienda semejante á la de nuestros héroes.

¿Cuándo han aparecido en la arena del toreo dos temperamentos tan desemejantes? Dónde está una lucha que haya durado veinte años entre dos toreros divididos por sus aptitudes y por su naturaleza? Cuándo se ha visto á dos lidiadores mantener candente durante ese tiempo el interés de los públicos, y llegar los dos á la meta por caminos diametralmente opuestos, sin que el amor propio, el despecho, la ira, toda la cohorte de miserias que acompaña al hombre que vive del aplauso, haya manchado la honradez y la nobleza del torero?

No; eso no se ha visto nunca, ni se verá seguramente en mucho tiempo, porque es muy difícil que la naturaleza vuelva á crear dos temperamentos así, y los lance á la pelea en las condiciones en que han llevado á cabo la suya tan memorable Rafael Molina, Lagartijo y Salvador Sánchez, Frascuelo.

Suya ha sido la época actual, los dos la han llenado exclusivamente con sus poderosas personalidades, y, á despecho de los defectos de ambos, ellos pasarán á la posteridad con todos los honores debidos á los grandes.

La palabra *Fin* me está llamando á voces, y siento profunda pena al escucharla. Sí; me separo con dolor de Lagartijo y de Frascuelo; ya dije en el prefacio de esta obra que la escribía más que para dar gusto á los demás, para darme gusto á mí propio.

He relatado los hechos más salientes de su historia, los he juzgado detenidamente, empleando un método especial de investigación, cuyos resultados presento al lector con la claridad posible, y en forma, por decirlo así, de antropología torera.

He tenido que revolver mucho, que estudiar algo, y que poner en todo mi pobre espíritu de observación. Y, sin em-

bargo, el cansancio no se ha apoderado de mí ni un solo instante, y no he vacilado en examinar á Rafael y á Salvador con la seriedad que hubiese empleado al tratarse de cualquiera gran entidad, alejada del medio brutal en que ellos ejercitan su inteligencia.

Escrito está todo lo que han realizado de más importante, lo mismo lo bueno que lo malo; ahí están las vicisitudes de esas dos vidas que tantas veces se han ofrecido en holocausto de los pobres, que tantas heroicidades han hecho y que, ayer como hoy, huyen de la ostentación y del boato, buscando en la paz del hogar doméstico el premio de todas las fatigas.

Se dice que son ricos y justiprecian su trabajo excesivamente? Y por qué no? No viven acaso de ellos las empresas? No son ellos los que, aun hoy en día, tienen el privilegio de entusiasmar á los públicos y de atraer la concurrencia? Y no ganan su dinero, con creces, haciendo á las puertas de la vejez, lo que otros no pueden hacer en la fuerza de la edad juvenil?

A esa altura han llegado Lagartijo y Frascuelo, y en ella deseo de todo corazón que se mantengan ambos mucho tiempo.

Y ahora, al despedirme de los dos héroes, permita el lector que el crítico desaparezca y hable un instante el admirador y el amigo.

Al dejar á Rafael y á Salvador, dejo en las páginas de este libro el pedazo más hermoso de mi vida: la juventud. Al par de las de Lagartijo y Frascuelo, ha trascurrido también la mía, y la historia de los dos célebres diestros me ha traído á la memoria una época de sangre, de animación y de vertiginoso movimiento que parece unirme á ellos con los lazos del cariño y de la gratitud.

Las admirables etapas de esa historia deben mitigar toda severidad, é imponer la consideración y el respeto

generales. Si las modestas páginas de esta obra consiguiesen algo, no más que algo, en tal sentido, mis deseos se verían cumplidos con exceso; pero no me atrevo á esperarlos.

De todas maneras, y sean cuales fueren las futuras contingencias á que puedan verse expuestos Rafael y Salvador, nada podrá amenguar ya los méritos de lo hecho, ni impedir que me despida de ellos, abrazándolos cordialmente y presentando á ambos el testimonio de mi afecto y de mi admiración.

Pasará el tiempo, y lo que hoy nos parece cosa corriente, adquirirá mañana colosales proporciones ¡Y luego hablamos de los viejos! Quién nos aguantará á nosotros si llegamos á la vejez? Entonces y sólo entonces, agrandará la distancia lo que la proximidad nos hace hoy juzgar pequeño; entonces comprenderemos el mérito de lo que fué, y lavaremos con las exajeraciones de nuestro temperamento, las injusticias de la realidad.

Y toda nuestra admiración se cobijará en dos nombres mágicos que invocaremos á todas horas, que representarán nuestra propia vida y á cuyo recuerdo rejuveneceremos todos.

Y unánimemente proclamaremos entonces la superioridad de lo que nosotros vimos sobre lo que vieron los demás y verán las generaciones que nos sucedan y nos atropellen.

Y en esa hora de reparación suprema y de suprema exajeración, quizá, no vacilaremos en declarar que en el cielo del arte taurómico hay dos nombres, cuyos fulgurantes resplandores hacen palidecer á todos cuantos les rodean; dos nombres que representan en el toreo el entusiasmo, la pasión y la lucha, la hirviente vida de medio siglo; dos nombres que han reunido en torno suyo los sufragios de millones de espectadores; dos nombres que han

llenado dos épocas y revuelto dos generaciones; dos nombres, en fin, que han sostenido un arte que otros habían empequeñecido y ellos han vuelto á su grandeza primitiva, en medio de la admiración y del aplauso universales :

**Rafael Molina, Lagartijo.**

**Salvador Sánchez, Frascuelo.**

**FIN.**





# ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

	<i>Páginas.</i>
Prefacio. . . . .	7

## PRIMERA PARTE.

### I.

Necesidad de las competencias.—El temperamento y la nota personal.—“La posteridad es una superposición de minorías”.—Esplicación de esta frase de Gounod.—Las escuelas.—Carácter especial del arte del toreo.—La literatura taurina.—Un juicio sobre Curro Guillen.—Aben Amar.— <i>El Clarín</i> , <i>El Enano</i> , D. Parando y D. Clarencio.— <i>Anales del Toreo</i> , y <i>El Toreo</i> .—Obras didácticas.—Dudas, contradicciones y confusiones.—Los aficionados antiguos.—Lo que dá de sí la literatura taurina.—Situación en que coloca al autor de esta obra.—En busca de luz. . .	19
---	----

### II.

El génesis del toreo moderno.—Francisco Romero, Bellón y Martincho.—Lo que se nota en estos diestros y en José Cándido.—Pedro Romero, Costillares y Pepe-Illo.—La gran figura de Pedro Romero.—La escuela de Sevilla.—Juicio crítico de estas dos escuelas.—El toreo serio y el toreo movido.—Las escuelas en la suerte de matar.—Deducciones. . . . .	29
--	----

### III.

Las competencias.—Pedro Romero y Costillares y Pepe Illo.—El público de entonces, según José Delgado.—Dos cartas.—El partidario de Romero y el defensor de Costillares.—Cómo se mataban los toros en aquella época.—El valor y la astucia.—Jerónimo José Cándido y Curro Guillén.—Epoca de transición.—Francisco Montes.—Curro Cúchares y el Chiclanero.—Cayetano Sanz y Manuel Domínguez.—El Tato y el Gordito.—Estado del arte de torear á la aparición de Lagartijo y Frascuelo. . . .	44
---	----

## SEGUNDA PARTE.

### I.

Páginas.

<p><b>Aparición de Rafael Molina en la Plaza de Madrid.</b>—Ovación y cogida.—Sobresaliente de espada.—La alternativa.—Primera contrata.—La lucha.—El maestro y el discípulo. <b>Lagartijo y el Gordito en Cádiz.</b>—Coleos y recortes.—La cogida de Rafael.—Conducta del Gordito.—Comunicados, subvenciones y alabarderos.—Segunda cogida de Lagartijo en Madrid.—Carmona y <i>El Enano</i>.—Salvador Sánchez en Madrid.—Mojjingas.—El novillero.—Alzas y bajas.—Banderillero y sobresaliente de espada.—La alternativa de Frascuelo.—La cogida.—Dos gallos.—En busca de la verdad. . . . .</p>	61
---	----

### II.

<p><b>Primer encuentro de Lagartijo y de Frascuelo.</b>—El periódico <i>El Mengue</i>—La competencia en Granada.—<i>El Mengue</i> y Salvador.—Lagartijo y Frascuelo en Madrid con el Tato.—Cogida del Tato y consecuencias.—Rafael y Salvador solos.—Atrocidades en competencia.—Lagartijo citando á recibir.—Cayetano Sanz, Currito y Frascuelo.—Un año de cogidas.—La corrida de Beneficencia de 1871.—Media luna y multas.—Un gran paso de Salvador.—Rafael y Salvador matan seis toros cada uno.—Incidentes.—La temporada de 1872.—Un brindis de Lagartijo al Tato.—Censuras y elogios.—Ovaciones á Frascuelo.—Una corrida de Beneficencia. . . . .</p>	83
---	----

### III.

<p><b>Cogida de Rafael.</b>—La herida y sus consecuencias.—Brindis de Frascuelo á Lagartijo.—Un reló de oro.—Grandes estocadas y ovaciones.—Temporada suplementaria de 1874.—<i>Debut</i> de Cara-ancha en Madrid.—La última temporada de la Plaza vieja.—Faenas de Lagartijo y de Frascuelo.—Un toro descabellado sin recibir ninguna estocada.—Indignación de Carmona.—Cogida de Fernando Gómez, el Gallo.—Las niñerías de Frascuelo.—Salvador matando seis toros de Bermúdez á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja.—Ovaciones.—Más corridas.—Cogida de Machío.—Rafael matando seis toros de Miura á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja.—El santo de espaldas.—Un par de banderillas histórico.—Salvador en baja.—Final de la Plaza vieja. . . . .</p>	113
---	-----

### IV.

<p><b>Inauguración de la Plaza nueva.</b>—El apogeo de Lagartijo.—Cogida de Hermosilla.—Cogida de Juan Molina.—El amor fraternal.—Despedida de Salvador.—Rafael con calentura.—Ovaciones.—Muerte de un banderillero.—Una</p>	
--	--

corrida de emociones.—Los palos de Carmona.—Lagartijo en decadencia.—Las proezas de Chicorro.—El paso atrás.—Cogida de Frascuelo.—Su vuelta á la plaza.—Reaparición de Rafael.—Nuevo eclipse.—La temporada de 1880.—Salvador cede el puesto á su rival.—Cuatro años de ausencia.—La corrida de Beneficencia de 1882.—Faenas de Lagartijo y de Frascuelo.—La vuelta de Salvador.—La temporada de 1885.—Fin de la parte analítica. 145

V.

Don José Pérez de Guzmán y Rafael Molina.—"Toreros cordobeses."—Los ascendientes de Lagartijo.—Su nacimiento y primeros años.—El aprendizaje.—Rafael mozo de nave.—Su expulsión del matadero de Córdoba.—El primer quiebro.—Los Carmonas y Lagartijo.—El maestro y el discípulo.—Carácter de Rafael.—Apología y contradicciones.—Salvador Sánchez—Nacimiento y primeros años.—El padre de Salvador.—Frascuelo peón y papalista.—Novillos en Móstoles.—Cogida en Chinchón.—Los protectores de Frascuelo.—La hazaña de Tolosa.—Detalles íntimos.—Una carta de Pedro Romero.—Salvador juzgado por Neira antes de la alternativa.—Las espinas de este libro. . . . . 183

VI.

El temperamento y el medio ambiente estudiados en Rafael Molina.—Sus tres hermanos.—La herencia natural.—Aspiraciones de Lagartijo.—Su maestro.—Antonio Carmona, el Gordito.—El torero y el matador.—Dudas.—La primera época de Rafael.—El temperamento y el medio ambiente estudiados en Salvador Sánchez.—La formación del torero en Salvador.—Juicios ajenos.—Lo que eran entonces Lagartijo y Frascuelo.—Contrastes.—Un almuerzo.—El torero aristocrático.—El hombre contra el torero.—Los dos temperamentos.—Hermanos en la plaza.—Un período de transformación. . . . . 209

VII.

Las tres épocas de la vida de Lagartijo.—El paso atrás.—Cómo estaba entonces el público.—Los recursos del torero.—Cómo los desarrolló Rafael.—Situación de las cosas antes del regreso de Frascuelo.—La prensa lagartijista.—*Sentimientos, Sobaquillo y Un algnacil*.—Vuelta de Salvador y consecuencias.—Aspecto que tomó la plaza.—La apoteosis de Aranjuez.—Los revisteros frascuelistas.—*La Lidia* subvencionada por Salvador.—Un cura.—Estudio de Lagartijo.—Su figura.—El torero, el banderillero y el matador.—En el *boulevard* de San Sebastián.—El paso atrás explicado por Lagartijo.—Juicio crítico y resumen. . . . . 239

VIII.

Los contrastes que presentan Lagartijo y Frascuelo.—La astucia y el valor.—Estudio de Frascuelo.—Su figura.—El torero, el banderillero, el matador.—Los quites aguantando.—Cayetano Sanz y Salvador.—El trasteo y el modo de herir.—La suerte favorita.—Los extremos y el justo medio en la suerte de recibir.—Montes y Juan León.—Una carta de Arana.—Frascuelo dormido.—Afición y vergüenza torera.—Rafael y Salvador juzgándose mutuamente.—Los resultados de la competencia.—Las corridas de toros, ayer y hoy.—Un manuscrito de D. José de la Tixera.—La verdadera obra que han realizado en el toreo Rafael y Salvador.—Despedida y apoteosis final... . . . . . 279

---

## ERRATAS IMPORTANTES.

<b>Página.</b>	<b>Línea.</b>	<b>Dice.</b>	<b>Léase.</b>
25	segunda.	ideólogo.	idealista.
36	última.	toreo.	toro.
129	novena.	encorvado.	encornado.
280	décima.	19	21



## OBRAS DEL AUTOR.

---

**La obra maestra de Verdi.**

**Los despojos de LA AFRICANA.** (Agotada.)

**Nuestros músicos: Barbieri.**

**Cárlos Gounod.**—*Segunda edición.* (Agotada.)

**Impresiones musicales.** (Agotada.)

**Arte y patriotismo: Gayarre y Masini.**—*Segunda edición.*

**EL MEFISTÓFELES de Arrigo Boito.**

**Cristina Nilsson.** (Discurso.)

**La ópera española y la música dramática de España en el siglo XIX.**

Esta obra que consta de 700 páginas próximamente, y va acompañada del retrato del autor, es la única de su clase publicada hasta el día.

**El doctor Thebussem.**—Ensayo de crítica literaria.

**Los artistas del Real** (temporada de 1886-87.)

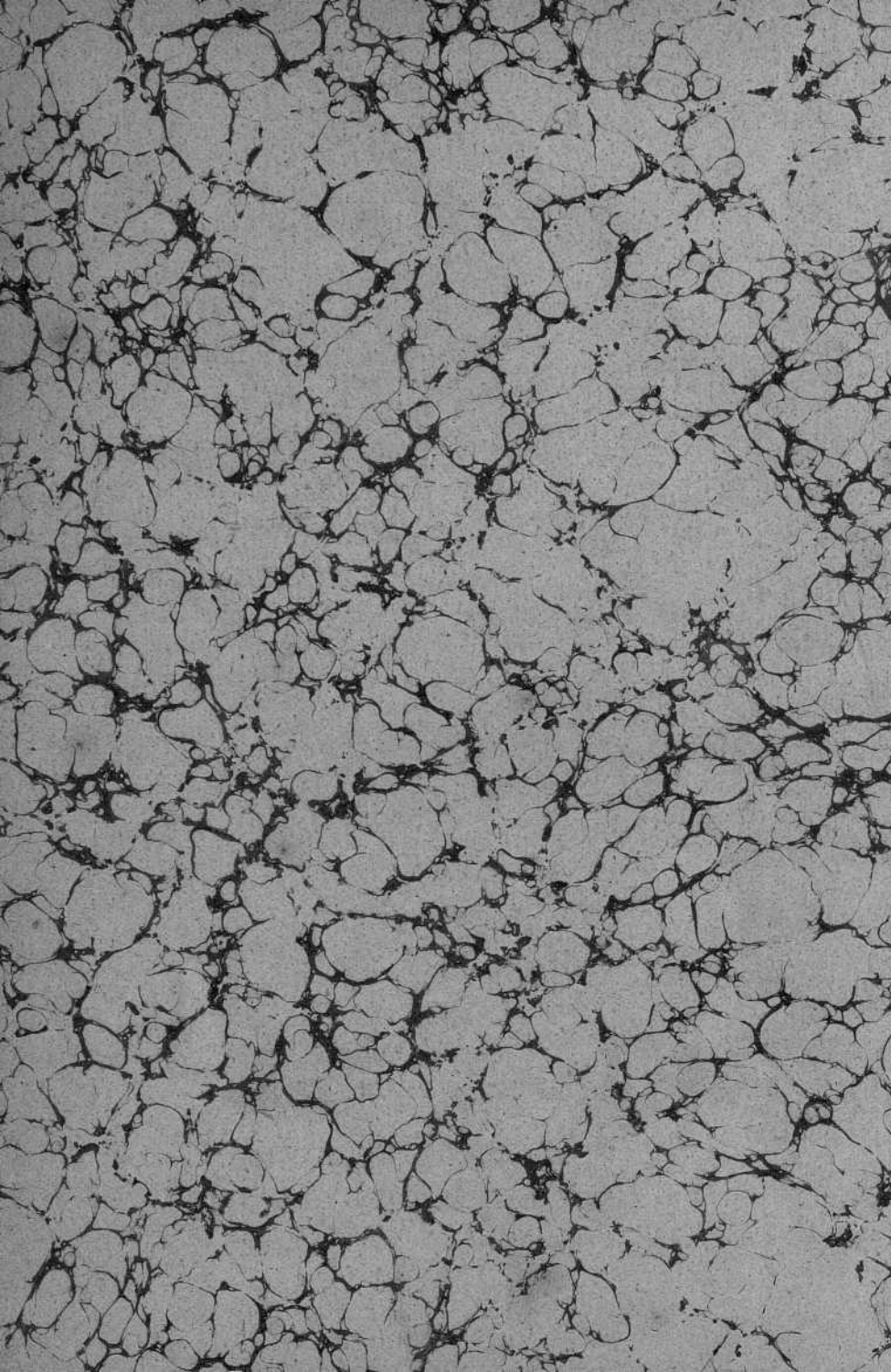
¡ **Cuernos!** Revistas de toros.

---









MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

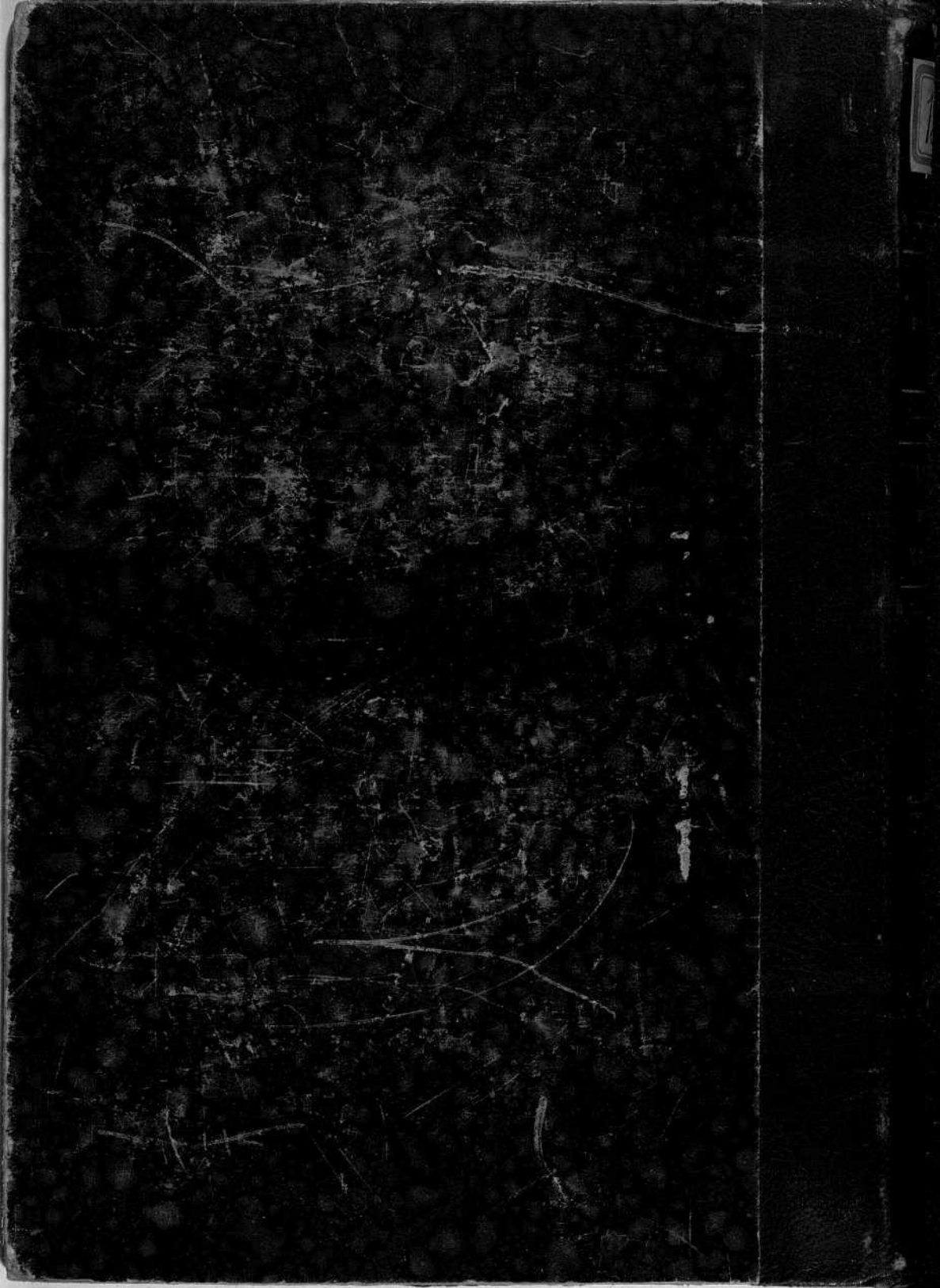
Pesetas.

Número... 134 ..... Precio de la obra..... ..

Estante... 1 ..... Precio de adquisición. ....

Tabla.... 4 ..... Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



134.

PEÑA Y GOÑI

LAGARTIJO

FRASCUELO

Y SU TIEMPO